

CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES DE LA DEMOCRACIA EN UN MUNDO GLOBAL

Dra. María de los  ngeles Yannuzzi¹

Resumen: La globalización ha hecho entrar en crisis la respuesta que las sociedades políticas del siglo XX dieron a la inserción de las masas en el espacio público. Los procesos de diferenciación y de fragmentación, así como la alteración de los regímenes de espacio y tiempo son algunos de los aspectos que afectan el modo en que se estructuró la democracia moderna. Algunas de las consecuencias son la diversificación de los espacios, la aceleración de los tiempos que afecta el equilibrio de poderes, la dificultad para la construcción de nuevas identidades que definan lo común. Muchas son cuestiones que ya encontrábamos en los orígenes de la democracia moderna y que hoy se ven exacerbadas y modificadas por la globalización.

Palabras clave: democracia – globalización – tiempo - espacio – fronteras – identidad – certezas

Abstract: Globalization has put in crisis the answer 20th-century political societies have given to mass insertion in public space. Processes of differentiation and fragmentation, as well as alteration of the space and time regimes are some of the issues that affect the way in which modern democracy has been organized. The diversification of spaces, the acceleration of times that affect power equilibrium, the difficulty to build new identities that define the common are only some of their consequences. Most of them are issues that we could find at the very beginning of modern democracy and that now are exacerbated by globalization.

Key words: democracy – globalization – time - space – boundaries – identity – certainties.

¹ **María de los  ngeles Yannuzzi** es politóloga, Máster en Cs. Sociales (FLACSO) y Doctora por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina). Ex directora de la Esc. de Ciencia Política y ex Vicepresidenta del Consejo de Investigaciones, actualmente es Prof. Titular de Teoría Política III, Investigadora Independiente de la UNR y directora de la Maestría en Estudios Políticos.

E-mail: yannuzzi@ciudad.com.ar
yannuzzi@unr.edu.ar

En tanto que una multiplicidad de procesos, en muchos casos incluso contrapuestos, el nuevo escenario que define la globalización ha hecho entrar en crisis, además de la forma de estado mediante la cual desde la modernidad se ordena el espacio político, el modo particular en que el último siglo arbitr  las soluciones específicas a los problemas que presentaba la articulación de la democracia de masas. Los procesos de diferenciación y de fragmentación, así como la alteración de los regímenes de espacio y tiempo, constituyen algunos de los aspectos propios de la globalización que alteran sin más el modo en que se estructuró la democracia moderna, profundizando la fuerte ambivalencia que le es propia y que fuera contenida e incluso velada por el desarrollo de la organización. El paradigma democrático se ha visto así afectado, aunque no en su calidad de cosmovisión del mundo -es decir, en cuanto a las creencias y valores sobre los que se asienta y legitima el orden-, sino en tanto que respuesta concreta al modo de ordenamiento de la política en una sociedad que incluyó en el espacio público a todos los adultos emancipados.

No es casual entonces que hoy vuelvan a aflorar muchas de las cuestiones que ya se habían planteado hacia fines del siglo XIX, cuando se produjo la ampliación democrática del espacio público. Si comparamos el debate que se ha instalado en la sociedad hacia el reciente cambio de siglo con aquel que se dio entonces, podremos encontrar una gran similitud entre lo que se planteara en aquel momento y lo que se plantea hoy. Tanto entonces como ahora afloraron cuestiones, entre otras, relacionadas con la legitimidad, la integración política, la igualdad y la inserción de la diferencia². Esta recurrencia temática nos da la pauta que, no obstante el cambio actual de escenario, todavía subsisten continuidades propias de las condiciones de masificación de las sociedades contemporáneas que deben ser tenidas en cuenta. Es justamente sobre estas continuidades –y las consiguientes discontinuidades- en torno a la noción moderna de democracia que nos interesa centrar nuestro análisis en el presente trabajo. Entre otras cosas porque paralelamente a la conformación de un nuevo escenario, asistimos también a una revisión crítica de dicha noción.

² Quizás no está de más recordar a título de ejemplo las palabras que Robert Michels escribiera en 1911 en su Introducción a *Los partidos políticos*: “El llamado ‘principio de nacionalidad’ ha sido esgrimido para resolver los problemas raciales y ling sticos que han venido amenazando continuamente a Europa con la guerra, y a la mayor parte de los estados independientes, con revoluciones. En la esfera económica, el problema social amenaza la paz del mundo de manera más grave que las propias cuestiones de nacionalidad, y el ‘derecho del trabajador al producto total de su trabajo’ ha llegado a ser la voz de orden. Por último el principio del autogobierno, piedra fundamental de la democracia, ya es considerado como la solución del problema de la nacionalidad, pues este principio supone, en la práctica, aceptar la idea de gobierno popular” (Michels, I, 1983: 7).

CRISIS DEL ESTADO

Los fenómenos asociados a la globalización han llevado a producir una crisis³ del estado que se ha traducido a su vez en una crisis de la política. Pero no estamos, como se llegó a sostener en algún momento, ante un proceso de extinción o de desaparición del estado⁴. Por el contrario, nos encontramos ante un proceso de transformación⁵. Un proceso en sí mismo complejo y profundo, que reconoce momentos de manifestación distintos, aunque convergentes. Así, lo que ha entrado en crisis en lo inmediato es la forma particular de estado que se implementó a lo largo del siglo XX. Un estado burocrático y centralizado, producto de la incorporación de las masas a la política que, desde el punto de vista de la economía, abrazaría el keynesianismo. Esto es lo que Francisco Colom González llama “la democracia del bienestar”, un modelo en el que

el compromiso entre la democracia de masas y la economía capitalista se tradujo en el auge cobrado por los grandes partidos populares de difusa identificación clasista, en la progresiva despolitización de la ciudadanía y en la aceptación de la regulación burocrática estatal como instrumento de integración (Colom González, 1992: 182).

Este modo de ordenar estado y sociedad fue la respuesta que el siglo pasado dio al desarrollo de la sociedad industrial que, desde el punto de vista político, había llevado a la ampliación del sufragio. Por eso esta crisis del estado se ha proyectado sobre el conjunto de la sociedad, instalando también lo que hemos denominado en otras oportunidades una crisis de organización. O, mejor aún, una crisis del modo particular de organización adoptado concretamente por la sociedad industrial. Esta es, por cierto, una de las cuestiones más importantes a tener en cuenta incluso hoy, ya que la democracia moderna, tal como se instituye entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, guarda una inextricable relación con la organización. En ese sentido, si algo caracteriza al estado democrático⁶ surgido de la incorporación de las masas, es justamente el desarrollo de organizaciones.

Es entonces esta respuesta la que se viene desarticulando con la globalización, justamente por la “ruptura de los antiguos controles de las categorías del Estado que se llamó burocrático o corporativista” (Touraine, 2001). Este tipo de estado corresponde al

³ Entendemos por ‘crisis’ un momento de potencial creación e innovación, en el que se abre la posibilidad de cambio y transformación, articulando al mismo tiempo nuevas significaciones.

⁴ Quienes se inclinan por definir esta crisis como un proceso de extinción del estado -Zygmunt Bauman, por ejemplo, se refiere al “proceso de ‘extinción’ de los Estados nacionales que está en curso” (Bauman, 2005: 78)-, entienden que dicho concepto es solamente aplicable a la estructura que se conformó en la modernidad, es decir, el estado-nación.

⁵ Hay muchas formas de expresar este proceso de transformación del estado sin aludir en forma directa a ello. Así, por ejemplo, la idea de una sociedad civil global, aunque en nuestra opinión con serias dificultades teóricas y prácticas para su efectiva realización –cuestión que no nos interesa discutir acá-, constituye, como algunos autores sostienen, “una respuesta a la transformación del poder del estado, más que simplemente a su erosión” (Baker, 2002).

⁶ La conformación del estado democrático la he desarrollado en mi último libro titulado *Democracia y sociedad de masas. La transformación del pensamiento político moderno*.

período que Ulrich Beck designa como el de la modernidad simple⁷, una modernidad propia de la sociedad industrial que, sostiene, se encuentra hoy agotada⁸. Pero lo que comenzara en un principio a tematizarse sólo como una crisis del estado keynesiano, se proyecta en realidad a un campo más amplio que pone también en cuestión aspectos sustantivos del orden político articulado en la modernidad, dejando en evidencia una vez más las cuestiones irresueltas de la política moderna.

LA NOCIÓN DE FRONTERA

Deshacer el modo particular en que el siglo XX orden  estado y sociedad revierte sobre uno de los elementos constitutivos del estado moderno: el territorio⁹. En ese sentido, si algo tiene de original la globalización es justamente el fenómeno de la extraterritorialidad, fenómeno que cuestiona, desde un inicio, la noción de frontera. La modernidad tuvo, como bien sabemos, un modo particular de ordenar el espacio político-geográfico, modo que se tradujo en la conformación del estado-nación. La territorialidad - es decir, la demarcación precisa de un territorio sobre el que el estado ejerce su poder soberano- es, en ese sentido, una de las innovaciones políticas más importantes que se sanciona en 1648 con la Paz de Westfalia (Held, 1997: 71).

Este "modo de organización inter-estatal del espacio político" (Belanger, 1993) es algo que tiene efectos tanto teóricos como prácticos. En el primer caso, porque es a través del concepto de estado-nación que las categorías políticas modernas -entre ellas la noción de democracia- se territorializan, es decir que, más allá de su pretensión de universalidad, ellas producen y generan efectos al interior de un territorio claramente delimitado y regulado por un estado al que se le reconoce a su vez el monopolio de la violencia física leg tima¹⁰. Y en el segundo, porque esas fronteras establecen el alcance jurisdiccional del estado a partir de la noción de soberanía. Justamente es esta última noción -según la cual el estado moderno se instituye como un poder que no reconoce ningún otro por encima de él- la que permite consolidar en su interior el espacio propio del estado moderno, ya que, como señalan Hardt y Negri, "(a)demás de ser un poder político contra todos los poderes políticos externos, un Estado contra todos los otros Estados, la soberanía es también un poder de policía" (Hardt y Negri, 2002: 81).

⁷ Ulrich Beck señala "la diferenciación de dos épocas de lo moderno: la *simple*, industrial, y la *reflexiva* que se perfila y que lleva a la invención de lo político" (Beck, 1999: 16/7).

⁸ "(E)l modelo de la modernidad occidental -esa mezcla occidental de capitalismo, democracia, estado de derecho y soberanía nacional, lo que invariablemente significa soberanía militar- es anticuado, debe ser nuevamente discutido y descartado" (*Idem*: 16).

⁹ Recordemos que los elementos básicos que conforman el estado son tres: territorio, poder y población.

¹⁰ El monopolio de la violencia física es, nos dice Weber, lo que fundamentalmente distingue al estado de cualquier otro tipo de organización. Este "control de los medios de violencia" se logra en los inicios de la Modernidad "con la 'pacificación' de los pueblos -la erradicación de los centros de poder y autoridad rivales- dentro de los estado-nación" (Held, 1997: 71).

El estado moderno se erige así en “una estructura de poder legalmente circunscrita con suprema jurisdicción sobre un territorio” (Held, 1997: 71). Construidas a partir de Westfalia como fronteras blindadas que marcan claramente un adentro y un afuera, nada puede interferir entonces en el dominio interno del estado, ya que en su condición de soberano es él el que impone la ley en su propio territorio, definiendo así, como decía Hobbes, qué es lo justo para esa sociedad particular. De esta forma se establece el alcance jurisdiccional de la ley, al mismo tiempo que se garantiza el monopolio del poder para el estado-nación.

Pero ahora, este modo de ordenar el espacio político-geográfico ha entrado en franca colisión con las formas que adquiere el nuevo régimen de acumulación que tiende a predominar con la globalización. Dicho régimen se caracteriza por la existencia de capitales volantes y migrantes¹¹ –es decir, por capitales carentes de una radicación territorial determinada, por lo que se encuentran en constante circulaci n¹²-, y de una mano de obra altamente especializada que tiende a moverse también planetariamente. Por eso mismo, este nuevo estadio del capitalismo, que algunos designan como el régimen de “economía migrante”¹³, requiere necesariamente de la eliminación de las trabas e impedimentos legales que suponen las fronteras nacionales.

En función de ello, y dada la actual desterritorialización del capital, la frontera material, geográfica que demarca el espacio sobre el cual el estado ejerce su poder y define la categoría de connacional se ha ido constituyendo cada vez más en obstáculo especial, aunque no exclusivamente, de la globalización económica. Vemos así que el modelo de organización político-geográfico articulado en la modernidad ha comenzado a resquebrajarse. Algo que se refleja desde un primer momento en la restricción del alcance jurisdiccional del estado (Rosenau, 1993), poniendo con ello en cuestión las principales construcciones, como veremos a continuación, del orden político moderno.

¹¹ El concepto de capital volante hace referencia a una economía virtual que utiliza la red informática, mientras que el de capital migrante alude a un tipo de capital cuyas condiciones de reproducción est n transnacionalizadas o mundializadas, ya sea por entero o de forma parcial (Létourneau, 1996: 28).

¹² Si bien este movimiento de los capitales es percibido en general por todos, muchas veces no se termina de comprender la superposición de régimenes de acumulación que en general se produce. Así, Touraine sostiene que “el capital financiero en gran parte se ha desvinculado de la economía real y por lo tanto existe una masa importante de capitales que puede ser interpretada de manera totalmente irracional”, por lo que “circulan sin mucha relación con la vida económica” (Touraine, 2001). De esta forma no solo se sugiere la existencia de una disociación –disociación que en gran parte se ha producido- entre el capital financiero y la economía local, entendida esta última como el lugar de lo real y, por consiguiente, de la verdadera vida económica, sino que al no poder encontrar una mejor explicación, esa circulación de capitales en el espacio global se presenta, tal como lo expresa el autor, de forma caótica, carente por lo tanto de toda racionalidad.

¹³ Para un análisis más exhaustivo de este nuevo régimen de acumulación y de cómo juegan los capitales volantes y migrantes en él, ver Létourneau, 1996: cap. I.

LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA

Esta permeabilidad que evidencian actualmente las fronteras nacionales, al cuestionar en definitiva la noción de estado-nación, no solamente muestra que se han quebrado las formas de organización particularmente propias del estado democrático del siglo XX, sino que también se han desarticulado las identidades sobre las cuales hasta ahora se conformaba la integración y se articulaba el sentido de pertenencia de los sujetos políticos. En ese sentido, si algo caracteriza este nuevo escenario que se viene perfilando es justamente una “multiplicación de identidades nuevas –y no tan nuevas– como resultado de la disolución de los lugares desde los cuales los sujetos universales hablarán” (Laclau, 1996: 45). Esto se debe a la quiebra de las estructuras simbólicas e imaginarias a partir de las cuales se conforma la identidad común que define la unidad sobre la cual se articula la legitimidad del estado. No es casual entonces que el estallido identitario fuera una de las manifestaciones más inmediatas de las transformaciones operadas por la globalización.

Es aquí donde podemos visualizar el carácter altamente complejo de las sociedades actuales, complejidad que se traduce en las democracias modernas en la gran dificultad que estas ya presentan para articular ese momento de unidad que requiere la política. Esto nos lleva directamente al problema de la construcción de la identidad común y, por consiguiente, de la nación. Es justamente a partir de esta forma de homogeneización que particularmente el estado democrático de comienzos del siglo XX, en tanto que encarnación de ella, validó su propia existencia. Y es que, si bien la modernidad ya había organizado el espacio político-geográfico en torno al estado-nación que definía al connacional por oposición al extraño, al extranjero, instituyendo un tipo de “identidad claramente establecida y oficialmente reconocida” (Arendt, 1979: 287), es en el contexto del estado democrático y, más particularmente, en tanto que estado keynesiano, que se produjo una unión más estrecha entre estado y nación.

Toda construcción identitaria, como bien sabemos, requiere forzosamente de la definición de fronteras simbólicas que, particularmente en el caso del estado moderno, se identificaron también con las fronteras geográficas. De esta forma, la identidad nacional quedaba establecida hacia adentro del territorio, es decir, del estado, diferenciándose de un ‘Otro’ ubicado en un afuera. Esta superposición entre fronteras simbólicas y geográficas que se produce en la modernidad ubica en principio al Otro, es decir, al enemigo, fuera del territorio regulado por el estado. Pero al ser el Otro el que en realidad establece la frontera simbólica desde la que se instituye el Nosotros, lo que siempre está implícito en la definición identitaria es una lógica amigo-enemigo. Así lo expresa Hobbes en el *Leviatán*, para quien los estados se encuentran entre sí en estado de naturaleza, noción que en este autor se identifica con el estado de guerra.

Pero con la conformación de la democracia moderna se plantea un problema. Al ampliarse lo político por la incorporación de las masas al estado -es decir, después que la democracia eliminara todas las neutralizaciones y despolitizaciones propias del siglo XIX liberal (Schmitt, 1984: 20)-, esa guerra potencial fuera de las fronteras nacionales se instala al interior del territorio regulado por el estado, tal como describe Carl Schmitt al analizar el concepto de lo político en el siglo XX. Al tratarse de sociedades que han politizado todos sus asuntos, la identidad, particularmente en su dimensión política, se encuentra en ellas atravesada por la lógica de poder. Las sociedades democráticas son, en ese sentido, sociedades altamente conflictivas, aunque la manifestación de ese conflicto -en el fondo una guerra potencial- se encuentra la mayoría de las veces contenido, al ser generalmente neutralizado por distintas formas de racionalización. Sólo de esta manera las democracias pueden en realidad asegurar para sí una coexistencia pacífica.

Sin embargo, esa conflictividad no desaparece totalmente. Por el contrario, siempre permanece latente en su interior. Como señala Chantal Mouffe, retomando también a Schmitt, "la lógica democrática siempre implica la necesidad de trazar una línea divisoria entre 'ellos' y 'nosotros', entre aquellos que pertenecen al '*demos*' y aquellos que se encuentran fuera de él" (Mouffe, 2003: 21). Con esto Mouffe remite al momento de fundación del orden. Un primer momento en el que se establece el gran parteaguas a partir del cual se instituye la sociedad, definiendo qué y quiénes se incluyen y qué y quiénes se excluyen. Distinguir entre quiénes pertenecen al *demos* y quiénes no es de suma importancia, ya que al hacerlo lo que también se define es el modo de vida que esa sociedad particular desea para sí. Es justamente a partir de estos contenidos que a continuación se realizan los reagrupamientos y se resuelven los posicionamientos de los distintos grupos en relación al estado y al poder.

Pero una vez constituido el *demos*, es decir, una vez establecidas las fronteras simbólicas que instituyen el Nosotros, el problema se traslada hacia lo interno, donde el fuerte relativismo que caracteriza a la democracia -un relativismo que, en su forma extrema, la dimensión política por definición no puede tolerar- obliga a buscar alguna forma de homogeneización. Pero, ¿con qué contenido? Este es un problema que se encuentra, como podemos apreciar, en el centro mismo de toda relación específicamente política. En primer lugar, porque la política se refiere a lo común a todos, por lo que siempre se hace necesario definir el contenido con el cual se articula la unidad -es decir, el reconocimiento- a partir de la cual la vida en sociedad se resuelve, determinando así el grado de homogeneidad exigible en la construcción del orden político. En segundo lugar, porque el objeto de la política no es otro que el poder, por lo que la constitución del Otro permite definir la alteridad que da sentido a la identidad del Nosotros y que legitima la puja concreta por el poder del estado.

Mas una homogeneidad entendida simplemente como unidad indiferenciada, tal como ocurriera en muchos casos en el siglo XX, es un modo de construir la identidad que, en las nuevas condiciones propias de la globalización, necesariamente debe ser superado, entre otras cosas porque los procesos de regionalización y transnacionalización exigen la construcción de identidades amplias que puedan trascender las fronteras político-geogr ficas¹⁴. A ello apunta, por ejemplo, el concepto de "patriotismo constitucional" propuesto por Habermas. Un patriotismo que se funda en la universalización de la democracia y de los derechos humanos¹⁵.

LA INTEGRACIÓN DE LA DIFERENCIA

Resolver el modo de integración en las sociedades actuales no deja, sin embargo, de presentar cierta dificultad. Entre otras cosas, porque toda construcción identitaria, particularmente en un contexto democrático, nos pone ante una de las muchas paradojas que se insertan en la política moderna. Como se seal ramos en el apartado anterior, la democracia de masas tiene la característica de introducir una gran heterogeneidad en el espacio público. Se trata, en ese sentido, de un fuerte relativismo que se asienta sobre la noción de igualdad que la define. Un relativismo que, en principio, es necesario aunque nos plantee problemas para la construcción del orden, ya que es a partir de él que se reconoce la diversidad propia de toda sociedad compleja.

Justamente, por integrar a todos, una democracia no podría, en tanto que tal, dejar de incorporar al menos en una primera instancia todas las diferencias previamente aceptadas en la constitución del *demos*. Pero esto ya supone la total politización de la sociedad¹⁶, hecho que contribuye a incrementar la dificultad que se presenta en toda democracia para la articulación de los consensos. Es decir que, por sus mismas

¹⁴ De todas formas, si bien es cierto, como dice García Canclini, que debemos pensar en términos de transnacionalidad, no podemos ignorar que esto es algo en principio difícil porque nuestro modo de significar el mundo de la política a través de nuestras categorías y conceptos todavía sigue remitiendo al territorio del estado-nación. Así se entienden, por ejemplo, conceptos como el de ciudadano o el de nación. Es decir que nuestra aprehensión intelectual del mundo, al menos por el momento, continúa todavía condicionada por categorías "estatalmente territorializadas".

¹⁵ Cuando Habermas propugna la construcción de "una identidad postnacional, cristalizada en torno a los principios universalistas del Estado de Derecho y de la democracia", pretende desarrollar un "universalismo moral" que relativice "la propia forma de existencia atendiendo a las pretensiones legítimas de las demás formas de vida". Un universalismo que reconozca "iguales derechos a los otros, a los extraños, con todas sus idiosincrasias y todo lo que en ellos nos resulta difícil de entender", demostrando al mismo tiempo "que uno no se empeca en la universalización de la propia identidad, que uno no excluye y condena todo cuanto se desvía de ella", buscando así "que los ámbitos de tolerancia" se hagan "infinitamente mayores de lo que son hoy" (Habermas, 1994: 116; 117). De esta forma Habermas plantea una superación del contenido más estrecho de base territorial que tenía la identidad nacional al adscribir a principios universales que trascienden por definición las fronteras nacionales.

¹⁶ En la sociedad industrial, "politización significa que algo abandona la esfera privada para pasar a la esfera pública; o a la inversa, que las demandas de los partidos, la política partidista o el gobierno infesten todos los rincones de la vida privada" (Beck, 1997).

condiciones iniciales de heterogeneidad, la democracia moderna ya nos plantea un problema para la conformación del espacio común. Se trata en realidad de una dificultad inherente a la misma sociedad democrática, pero que ahora, merced a los procesos de diferenciación y fragmentación que desata la globalización, se agrava todavía más.

En el contexto del paradigma democrático moderno la integración del sistema se lograba a través de la mediación de la organización, que cumplía así uno de sus roles más importantes. Creada a imagen y semejanza del estado, la organización se constituyó, en el contexto de sociedades altamente complejas y, por consiguiente, plurales, como momento necesario en un sentido hegeliano para la articulación entre lo particular y lo general, contribuyendo con ello a la homogeneización del espacio público y a la conformación de una imagen de nación, es decir, de una imagen unificada de país. Al ser la instancia necesaria de mediación para insertar realmente al hombre común en el espacio público democrático, la organización vino a solucionar, al menos en parte, una de las tantas paradojas de la democracia moderna¹⁷, ya que la inclusión de todos, lejos de asegurar una mayor participación, favorece el extrañamiento, dado que en ese contexto el hombre común encuentra serias dificultades para trascender efectivamente su propia inmediatez.

Si tenemos en cuenta que la construcción de todo régimen político presupone siempre una articulación contradictoria entre un momento de unidad a partir del cual se construye lo común y otro de diferencia que reconoce las particularidades existentes en el seno de la sociedad, veremos que la democracia moderna oscila siempre entre dos extremos: el de un fuerte relativismo en su base que le permite incluir en su seno las diferencias¹⁸ y el de una homogeneización a partir de la cual construir lo común. Se trata de dos momentos que, aunque contradictorios, no son necesariamente autoexcluyentes. Esto significa que la dimensión política siempre requiere de alguna forma de

¹⁷ Decimos que esa paradoja se resuelve sólo en parte porque la sola presencia de la organización, como nos indicaran ya autores como Mosca, Pareto, Michels o Weber, introduce en el espacio público una distorsión que no podemos ignorar. En tanto que sujeto colectivo, toda organización opaca las instancias de individuación, por lo que si bien brinda en principio una solución a los efectos propios de la ampliación del sufragio, ella no hace más que profundizar la terrible aporía de no producir realmente una democratización. Para un análisis más exhaustivo del tema, ver mi libro *Democracia y sociedad de masas. La transformación del pensamiento político moderno*.

¹⁸ Es importante señalar que este relativismo que caracteriza a la democracia moderna requiere como condición previa la separación de la religión del estado, hecho que da inicio al proceso de secularización que caracteriza a la modernidad. A esto apunta, por ejemplo, Habermas cuando sostiene que "el principio democrático (...) no debe quedar subordinado al principio moral" (Habermas, 1998: 149). Se trata de una cuestión que en realidad está muy presente en la actualidad, particularmente en relación al choque entre las formas democráticas occidentales y el mundo islámico, ya que "(e)n la medida que la modernización política y cultural ha sido un proceso de secularización, los fundamentalismos Islámicos se han opuesto a él ubicando textos sagrados en el centro de las constituciones políticas, y líderes religiosos, tanto sacerdotes como juristas, en posiciones de poder político". No es casual entonces que "(d)esde el colapso de la Unión Soviética, los grandes ideólogos geopolíticos y los teóricos del fin de la historia han identificado a los fundamentalismos como el principal peligro que enfrentan la estabilidad y el orden mundial" (Hardt y Negri, 2002: 127).

homogeneización de lo distinto que, si bien no debe ser entendida como ‘homogeneidad sustancial’ como exigía Schmitt¹⁹, por lógica necesita excluir aquellas diferencias consideradas en cada momento como absolutamente negadoras de la unidad, ya que de lo contrario no podría constituirse el sistema.

En última instancia, y retomando el análisis de Mouffe, se trata de establecer el *demos*, teniendo en cuenta que el relativismo extremo conduce tendencialmente a la atomización y que la construcción de ese ‘común’ sobre el cual se instituye la unidad debe fundarse necesariamente en el reconocimiento de la diferencia. Dicho en otros términos, las distintas minorías deben poder integrarse e identificarse de alguna manera en un Nosotros que es el que define el común. Por eso es importante, siguiendo ahora a Laclau, que no se produzca una clausura de las significaciones, permitiendo así la articulación entre un universalismo sin un contenido específico de modo permanente y un particularismo que se niega a sí mismo al realizarse en el universal. Se trata así de “concebir al proceso democrático como una articulación parcial de la universalidad vacía de la comunidad con el particularismo de las fuerzas políticas transitorias que lo encarnan” (Laclau, 1996: 118).

Es aquí, sin embargo, donde la globalización reactualiza uno de los problemas inicialmente presentes en la democracia, ya que, dado su carácter ambivalente y contradictorio, favorece todavía más la oscilación entre esos dos momentos constitutivos de unidad y diferencia. Habida cuenta que uno y otro siempre est n presentes en lo político-democrático, es sólo en la intersección entre ambos que se define, no sólo el tipo de politicidad, sino también el grado de liberalidad -o, por el contrario, de autoritarismo- que tendrá un régimen político particular²⁰. Esto resulta de fundamental importancia porque, a diferencia de lo que se ha constituido casi en lugar común, la globalización no unifica todo. Por el contrario,

una de las cualidades más sorprendentes acerca de la globalización es la persistencia de la diferencia (...) la centralidad continua de las nociones de ‘nosotros y ellos’ en la construcción de la identidad, de los valores, de los intereses, de las normas y por lo tanto de la acción apropiada. (Beeson y Bellamy, 2003)

¹⁹ Carl Schmitt “considera que el pluralismo (la movilización y politización de intereses, voluntades y opiniones de los más diversos grupos sociales), no es simplemente consecuencia del avance del espíritu económico, es también y al mismo tiempo un hijo rebelde del mismo principio democrático de identidad. No ignora que la ineluctable tendencia al pluralismo del mundo social, la subyacencia de un pluralismo inerradicable al orden político, produce y a su vez es resultado de la politización extrema del Estado en los términos de la identidad democrática” (Novaro, 2000: 226).

²⁰ Giovanni Sartori sostiene que un régimen se define como democrático o autoritario a partir del grado de exclusión que se opere en esa sociedad. Reconociendo que la posibilidad de exclusión está siempre presente en la construcción de todo orden político, la democracia se definiría entonces por tener los menores niveles de exclusión.

Es justamente esta diversidad la que incrementa la potencialidad conflictiva de toda sociedad democrática. Incluso se instala el riesgo de enfrentamientos prácticamente inconciliables debido a los componentes identitarios de los distintos particularismos. Por eso, si antes, en el contexto político-democrático del último siglo, se hacía necesario determinar el tratamiento que se debía dispensar a la diferencia, este requerimiento resulta todavía más imperioso ahora, en un contexto de globalización. Sobre todo porque ella acentúa en el seno de las sociedades nacionales muchas de las diferencias pre-existentes, al mismo tiempo que crea otras nuevas. En ese sentido, “la mundialización se sostiene y se nutre de las diferencias constitutivas del mundo -las diferencias construidas a través de la historia- para imponer sus lógicas en el seno de un espacio planetario estructurado verticalmente” (Létourneau, 1997: 44). Esta tendencia que desata la globalización se superpone así a un proceso de diferenciación que es propio a su vez de la misma democracia.

LA DIALÉCTICA DE LA INCLUSIÓN Y LA EXCLUSIÓN

Si bien el incremento de la complejidad lleva a profundizar el proceso de diferenciación, esta historia sin fin debe, sin embargo, detenerse en algún momento, ya que, como afirmara Robert Michels en 1911, “cada vez es más absurdo intentar la ‘representación’ de una masa heterogénea en todos los innumerables problemas nacidos de la creciente diferenciación de nuestra vida política y económica” (Michels, I, 1983: 85). Mantener *ad infinitum* esta tendencia simplemente atentaría contra la estabilidad del régimen político, ya que su desarrollo se traduciría forzosamente en fragmentación y atomización, conduciendo potencialmente a un estallido que invalidaría toda construcción de la unidad. Afirmar esto no significa necesariamente visualizar las diferencias propias de toda sociedad compleja como elementos en sí mismos disolutorios de una vida en común. Aunque, por cierto, tampoco lo niega.

La eliminación total de las diferencias es un riesgo que está siempre presente ya desde los inicios de la democracia moderna y que particularmente se acrecienta en toda democracia que somete sin más a las minorías a la voluntad de la mayoría. Se trata, en definitiva, de cómo se construye la unidad a partir de la cual se desarrolla la convivencia. Someter las minorías a la mayoría supone la construcción de una unidad indiferenciada. ¿Cómo construirla, sin que por ello se eliminen las diferencias? El problema, por cierto, no es menor, particularmente en el contexto actual, ya que si antes era necesario compensar desde el régimen político la tendencia a la creciente diferenciación articulando al mismo tiempo en el orden de lo imaginario alguna fórmula que permitiera borrar en el plano de lo político las diferencias de las que se nutre la democracia moderna, ahora lo es con más razón. Si la unidad fuera pensada en términos exclusivamente holísticos, se apuntaría a conformar en la práctica una homogeneidad que

llevaría a anular toda posible diferenciación por entender que ella sería fundamentalmente antipoliticista. El conflicto quedaría así asimilado directamente a guerra, por lo que lo distinto, la alteridad, resultaría simplemente intolerable dentro del orden político por entender que quebraría toda posibilidad de convivencia pacífica.

Este, en todo caso, fue uno de los modos de entender la democracia cuando se la articuló por primera vez en el contexto de la modernidad. Incluso la nación en muchos casos fue concebida en esos términos. Como lo indica la misma experiencia de los régimenes políticos del siglo XX, en aras de la búsqueda de la unidad se puede caer literalmente en el riesgo de pretender anular completamente las diferencias. Todo depende entonces de cómo se defina el contenido de esa unidad en cada sociedad particular. Si ella es pensada como unidad indiferenciada, poder mantenerla supone necesariamente apelar al poder represivo del estado. Ejemplo de ello es la forma que se tuvo de construir la nación en el contexto de la democracia de masas, ya que la noción de unidad a partir de la cual se articula inicialmente el mundo de la política democrática moderna se traduce en términos de homogeneidad indiferenciada al diluir la figura del individuo en lo colectivo²¹.

Esta es una distorsión que en principio introdujo la organización en el espacio público al posicionarse mejor, en tanto que sujeto colectivo, que el simple ciudadano-individuo en la puja por el poder. Pero este modo de homogeneización al que se llegó a través de la organización hizo en muchos casos que las diferencias propias de toda sociedad compleja se terminaran anulando irremediablemente en algún punto. En ese sentido, el estado democrático fue el que produjo desde el poder –muchas veces incluso desde la mera fuerza– la unidad de los distintos, con la pretensión de hacer desaparecer toda diferenciación.

No es casual, entonces, que la primera afectada por el proceso de globalización haya sido la categoría de nación. Al entrar en crisis el estado, el tipo de identidad construida sobre todo a partir de nacionalismos fuertemente homogeneizadores también entr  objetivamente en crisis por haber perdido sus bases materiales de producción. Pero sostener que la identidad nacional, tal como se constituyera en la fase industrial del capitalismo, ha perdido las bases materiales de producción no significa en ningún momento que estas identidades, en tanto que formas de hacer inteligible el mundo circundante, hayan necesariamente perdido toda su eficacia social como instancia de construcción de las identidades colectivas. Así lo demuestran los nuevos nacionalismos emergentes tras el estallido identitario que produjo particularmente el quiebre del estado-nación, construido en estos casos a partir de la anulación de la diversidad étnica que los

²¹ Con la conformación de la democracia de masas, la organización –léase en nuestro caso partidos políticos, sindicatos, etc.– se constituye en la voz y, por consiguiente, en el nuevo sujeto colectivo que, por la fuerza del número, resulta más eficaz en la puja por el poder para lograr la satisfacción de las demandas.

componía.

Pero el análisis de estos nacionalismos no nos interesa únicamente por lo que significan ellos mismos en el plano político. En realidad, su lógica de funcionamiento está marcando además una tendencia mucho más general que, si bien tiene una primera manifestación dramática desde lo étnico, lo ling stico o lo religioso, como tal se ha reproducido en distintos ámbitos de la sociedad de la mano de la globalización. Por eso, si bien llevado a otro plano, también nos encontramos que desde el neoliberalismo se ha producido la exclusión social de numerosos sectores a partir de la conformación de una cierta unidad de los idénticos, aunque esta vez se refiere a la construcción de un espacio público ideológicamente monocromático, es decir, de un espacio público que se niega como democrático por carecer de propuestas alternativas. Este es un punto en el que, más allá de las diferencias, las tendencias propias del nacionalismo y la respuesta neo-liberal se tocan.

Hoy más que nunca las sociedades contemporáneas se exponen al peligro de incrementar la violencia frente a los altos niveles de exclusión social que se vienen produciendo, exclusión que se complementa a su vez en el plano político anulando la voz del opositor. Pero lejos de lo que, desde lugares distintos, intentan imponer estos nuevos nacionalismos o el neo-liberalismo, las sociedades democráticas son desde su misma constitución, como ya señaláramos, sociedades altamente conflictivas, que exigen la articulación de distintas formas de racionalización del conflicto. Este no deja de ser un aspecto de total interés, ya que si en algo radica la inestabilidad propia de la democracia, sin lugar a dudas es en el modo de definir las pautas generales de inclusión y, por consiguiente, de exclusión. Entre otras cosas porque el modo de resolución de la ambigüedad que define en principio a toda democracia puede llevar, en contextos de creciente diferenciación como el actual, a la reacción violenta de quienes quedan excluidos.

Son estos procesos de diferenciación y fragmentación, insertos en una lógica cuasi-salvaje de mercado propiciada por la aplicación del modelo neoliberal o neoconservador, a lo que se agrega la constante pauperización a la que se ven sometidas amplias franjas de la sociedad, los que promueven las tendencias expulsivas que hoy se presentan en las sociedades contemporáneas. Pero no es cerrando los ojos a la conflictividad propia de la inclusión de la diferencia que puede resolverse el problema de la política. Expulsar el conflicto como hacen, desde presupuestos distintos, el neo-liberalismo y los nuevos nacionalismos, no es más que un modo de negar la democracia en el sentido liberal, ya que ella, tal como se la ha concebido en los últimos setenta años, se caracteriza por ser el régimen que "acepta sus contradicciones hasta el punto de institucionalizar el conflicto" (Ricoeur, 1996: 284).

LA GLOBALIZACION Y EL FIN DE LAS CERTEZAS

Si algo podemos aprender particularmente de las condiciones actuales, es el carácter altamente dinámico y, por consiguiente, inestable de las distintas combinaciones que se producen. Situación que se hace más evidente debido a la crisis ya mencionada de organización. Esto significa, entre otras cosas, que en este nuevo escenario de la política que hoy se dibuja no hay nada definitivo. Reflejo de una complejidad que se acrecienta, las sociedades actuales se encuentran ante una gran incertidumbre. Sin embargo, esta pérdida de las certezas no se produce ahora por primera vez. Aunque en el nuevo escenario de globalización nos encontramos ante ambivalencias que le son propias, estas se asientan en otras que estaban ya presentes en la democracia de masas tal como ella se conformó hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX²².

Si la sociedad democrática se hizo posible en la modernidad es justamente porque, como señala Claude Lefort, se produjo una transformación simbólica que se resume en la “*disolución de los marcadores de certidumbre*” (Lefort, 1986: 29). Esto quiere decir que “la moderna sociedad democrática es una sociedad en la que el poder, la ley y el conocimiento han experimentado una radical indeterminación”²³ (Mouffe, 2003: 19). Sin esto hubiera sido imposible el posterior desarrollo de la democracia. Y es que, al incorporar a todos los adultos emancipados en el espacio público, la democracia introduce, como explicáramos ya, un fuerte relativismo que inserta un alto nivel de impredecibilidad e incertidumbre en el seno de lo político. Las sociedades democráticas, como señalara Schmitt, son sociedades altamente politizadas porque “todas las diferencias sociales devienen inmediatamente diferencias estatales y políticas”, por lo que “el Estado se ve obligado a proveer una unidad económica, cultural, religiosa, a una sociedad de masas cada vez más ingobernable” (Novaro, 2000: 226).

²² Michels, por ejemplo, señala en 1911 en su obra *Los partidos políticos* la falta de estabilidad que caracteriza a una auténtica democracia. Y esta falta de estabilidad tiene fundamentalmente que ver en ese momento con la incertidumbre que introduce el comportamiento no-racional de las masas en el espacio público.

²³ Coincidimos tanto con Claude Lefort como con Chantal Mouffe en que el desarrollo de la democracia introduce un alto grado de indeterminación. Sin embargo, discrepamos en cuándo se supone que surge este momento. Para Mouffe esto es consecuencia de lo que ella llama la “*revolución democrática*” “que conduce a la desaparición de un poder que antes encarnaba la persona del príncipe y se vinculaba a una autoridad trascendental” (Mouffe, 2003: 19). De esta forma esta autora, al igual que Lefort, coloca esa “*revolución democrática*” en los inicios de la modernidad. Ese es un punto de vista que no compartimos plenamente, ya que el avance de la democracia se produce recién hacia el último tercio del siglo XIX. Es a partir del sufragio universal que la democracia, hasta entonces denostada a lo largo de la historia de la teoría política, se impone como orden y como nuevo criterio general de legitimidad (Para un análisis más pormenorizado del tema, ver mi libro *Democracia y sociedad de masas*). Es decir que podemos hablar del “*surgimiento histórico del marco de legitimación democrático*” (Becker, 1990: 51) recién hacia fines del siglo XIX. A esta noción de “*marco de legitimación*” apunta en realidad la cita anterior de Mouffe al hacer alusión a la “*desaparición de un poder que antes encarnaba la persona del príncipe*”, desaparición que efectivamente se produce con la expansión del criterio de soberanía popular, tal como lo señala por ejemplo Mosca en los *Elementi di Scienza Politica*, -obra publicada por primera vez en 1895- cuando analiza lo que él llama la fórmula política (Mosca, 1923: 74 y sig.).

Simplemente por esta característica que le es propia la democracia moderna es un régimen particularmente inestable. Ya en ella se inserta la ambivalencia y se produce una primera pérdida de las certezas. Ante ello la solución que se arbitra no es otra que la organización. Una lectura de los autores de los inicios de la democracia de masas - Mosca, Pareto, Michels, Weber, por mencionar sólo a los más importantes- nos permite visualizar la fuerte tendencia que aparece en ese momento y que lleva al desarrollo de una organización centralizada cuya función, entre otras, es la de restituir las certezas. Frente al carácter fuertemente emocional e irreflexivo de las masas²⁴, la organización se instituye como instancia necesaria para reducir esa gran incertidumbre que se instala en la política con la ampliación del sufragio.

La organización es así la técnica necesaria para controlar la impredecibilidad propia de las masas. Una técnica que no deja de tener también consecuencias negativas, ya que la necesidad de controlar los elementos no-rationales de la conducta política, reinstalando al menos ciertos niveles de certeza, hizo que el estado democrático contemporáneo –en última instancia, la organización más acabada- adquiriera una capacidad represiva mayor. Pero al desarticularse las formas organizativas que establecían los límites dentro de los cuales se daba contención a la política, se han comenzado a manifestar los elementos paradójicos, contradictorios e incluso ambivalentes del orden político moderno. Por eso, la crisis actual de la organización -en realidad sólo un aspecto de la crisis del estado- nos retrotrae a una situación similar a la de los inicios de la democracia de masas. Hoy, como entonces, nos encontramos ante una pérdida de las certezas. Pero a diferencia de lo que ocurriera en esa primera crisis de la modernidad²⁵, en este nuevo contexto nos encontramos con un grado de incalculabilidad que resulta además mucho más peligroso. Como señala Beck, nos encontramos ante

una fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, ecológicos e individuales generados por la misma dinámica de la renovación, se sustraen crecientemente a las instituciones de control y aseguramiento de la sociedad industrial. (Beck, 1999: 32)

Es el mismo desarrollo capitalista que se sustenta en el avance científico y tecnológico el que ahora pone en riesgo a la sociedad. Un riesgo que, al haber entrado

²⁴ Como señala Weber, en las masas radica el mayor riesgo de toda democracia moderna: “el peligro político de la democracia de masas para el Estado reside en primer término en la posibilidad de un fuerte predominio en la política de los elementos *emocionales*” (Weber, 1992: 1116). Cabe aquí hacer una aclaración en torno al concepto de “masas”. Tal como lo usaran autores como Le Bon, Mosca, Pareto o Michels, con dicho término se alude a un tipo de comportamiento psicológico que pone el acento en los elementos no-rationales de la conducta. Se trata de un concepto que, tal como lo utilizan estos autores, carece de adscripción a alguna clase social particular.

²⁵ Hemos abordado este tema en el artículo “Crisis de la modernidad”, publicado en el *Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*.

en crisis la forma de organización que caracterizó a las sociedades democráticas del siglo XX, se suma además a la impredecibilidad propia de la política democrática. No olvidemos que la crisis de organización supone una fuerte erosión de las formas de contención e integración -tanto sociales como políticas- propias de la democracia de masas. Frente a todo esto, ahora resulta prácticamente imposible lograr un control preciso de los resultados, objetivo al cual apuntaba la organización en el contexto del estado democrático.

De todas formas, si bien en crisis, la organización en tanto que problema político no es exclusivo de la sociedad industrial. Por el contrario, ella sigue siendo necesaria -y hasta diríamos ineludible- en todo contexto de masificación, incluido por supuesto el actual. Si antes con la democracia de masas se hicieron necesarias las organizaciones como instancias de mediación para insertar realmente al hombre común en el espacio público, hoy con más razón se requiere de formas nuevas que amplifiquen también estas voces y les den una entidad que les haga cobrar existencia real en un espacio global. Sin embargo, el tipo de organización férrea y monolítica que sostiene una clara tendencia a la burocratización choca con la tendencia fuertemente descentralizadora que promueve la globalización. En ese sentido, se debe cambiar el tipo de organización, ya que no podríamos pensar una construcción democrática sin la conformación de organizaciones que actúen como mediación entre lo particular y lo general, contribuyendo con ello al proceso de integración y de construcción de la unidad.

NUEVOS ACTORES POLÍTICOS

Otro de los aspectos novedosos de la globalización, derivado en parte de la tendencia a la descentralización, es la emergencia de nuevas, y no tan nuevas, instancias de politización. Este es un aspecto que revierte directamente sobre las formas democráticas, ya que produce un trastocamiento en el modo de hacer y pensar la política. Producto de la crisis que atraviesa el estado y las formas de organización, y directamente ligado al problema de la construcción identitaria, hoy nos encontramos no solamente con instancias novedosas que cumplen roles hasta ahora atribuidos exclusivamente al estado nacional, sino también con la repolitización de espacios considerados hasta ahora en ese contexto como de mera administración.

Beck, por ejemplo, busca dar cuenta del surgimiento de estos nuevos espacios de politización que no se corresponden con las formas e instituciones políticas propias de la sociedad industrial, al intentar distinguirlos de las formas hasta ahora tradicionales de hacer pol tica²⁶. Hoy nos encontramos con prácticas políticas que se diferencian de

²⁶ "(L)a invención de lo político no significa generalización de la política estatal y de beneficencia, no toda acción es acción política en el viejo sentido de la palabra, tampoco la marcha por las instituciones" (Beck, 1999: 16/7).

las que podríamos llamar propias de la democracia de masas, entre otras cosas porque se instalan en un proceso de diversificación del espacio público. Una diversificación que tiene que ver en parte con los procesos de desterritorialización y reterritorialización que se desarrollan tanto hacia el interior de los espacios nacionales, como en la relación de cada espacio nacional con lo externo, habida cuenta de que estas nociones de adentro y afuera han sufrido ya una sustancial modificación debido a la permeabilidad actual de las fronteras. Se trata, por cierto, de una diversificación que se manifiesta de manera distinta, según los modos más o menos difusos de integración y, por consiguiente, de participación de los sujetos individuales.

Pero este proceso de diferenciación que se viene produciendo en el seno de las distintas sociedades, y que en principio supone una promisorias diversificación que reconoce las diferencias en un plano de igualdad, lleva tendencialmente a fracturar la imagen de un país unificado, al menos tal como ella existiera hasta ahora, reduciendo de esta forma el espacio público nacional. Y esto ocurre porque, entre otras cosas, “la interconexión regional y global desafía las formas nacionales tradicionales en que resolvían las cuestiones clave de la teoría y la práctica democráticas” (Held, 1997: 36). En última instancia, esto no deja de ser un tipo de restricción al estado nacional.

Nuevas instituciones que tienen un alcance supranacional se constituyen en instancia de negociación entre las partes intervinientes y entre ellas y el espacio global. Ellas representan ese “cambio de autoridad” “hacia los costados” del que hablan, por ejemplo, Beeson y Bellamy²⁷. La emergencia de distintas organizaciones no-gubernamentales (ONG)²⁸ de carácter global, regional o local, por ejemplo, que convocan en torno a temáticas como la de los derechos humanos o las relativas a la defensa del medio ambiente, demuestra que estas cuestiones encuentran hoy por primera vez una posibilidad cierta de universalización, trascendiendo así las limitantes fronteras propias del estado moderno.

Pero esta connotación positiva que encontramos en las ONG en relación a ciertas cuestiones no debe velar los problemas que también plantean en la construcción del espacio político. Aunque diferentes por los objetivos que las definen y por cómo se conforman y se relacionan con el estado, estas nuevas organizaciones, si bien expresión de una diversidad y, en algunos casos, de una politización de cuestiones que ya no son patrimonio de algún partido en particular, plantean al orden político un problema de representación. Incluso, la conformación de una sociedad civil global, a la que muchos

²⁷ Estos autores señalan que “un elemento clave de la globalización es el cambio de autoridad ‘hacia arriba’, hacia las autoridades supranacionales, y ‘hacia los costados’, hacia una formación de actores no estatales, frecuentemente transnacionales que est n asumiendo una posición crecientemente prominente en la regulación de las actividades” (Beeson y Bellamy, 2003).

²⁸ La expresión “organizaciones no-gubernamentales” alude a distintos tipos de organizaciones no-estatales. Se trata de organizaciones que, “por no ser conducidas directamente por los gobiernos, son aceptadas como actuando sobre la base de imperativos éticos o morales” (Hardt y Negri: 34).

se refieren esperanzadamente, no deja de estar plagada de dificultades, sobre todo porque la participación del hombre común en este nuevo espacio, que hoy aparece todavía como bastante difuso, necesariamente debe estar mediado por organizaciones que, aunque respondiendo a la lógica de globalización, no dejan de introducir distorsiones que nos retrotraen a la lógica organizacional de la vieja sociedad industrial. Desde el punto de vista de la lógica interna de su funcionamiento, estas nuevas organizaciones no se diferencian mayormente de aquellas otras que surgieron en los inicios de la democracia moderna²⁹. Este es un aspecto que, no obstante su importancia, muchas veces se descuida. Y si bien el rol de la organización como instancia de mediación no está ausente en la mayoría de los análisis, no queda claro el funcionamiento de la lógica de poder y cómo esta afecta al desenvolvimiento de la práctica política.

Pero no son solamente estas organizaciones las que ponen en cuestión la capacidad actual del estado. La permeabilidad de las fronteras supone la modificación de cómo el estado -particularmente el estado democrático que se desarrolló en el siglo XX-, ordenara su propio espacio interno. En ese sentido, "la globalización es también una fuerza para la emergencia de instituciones recientemente importantes de gobierno global y regional" (Muetzelfeldt y Smith, 2002), por lo que como consecuencia de los actuales procesos de regionalización y transnacionalización, el estado nacional ha dejado de ser el único y exclusivo representante de sus ciudadanos fuera de sus fronteras. Al cuestionarse la homogeneización en torno a la nación y su identificación con el estado, la posibilidad de generar una imagen unificada de país se torna mucho más difícil. Pero si bien esto plantea un problema para la construcción de un espacio público nacional, también contribuye a la autonomización de los espacios locales, hecho que ha llevado a reasignar un nuevo rol a los estados municipales.

Esta es una consecuencia de la erosión de la identidad nacional, ya que ello permitió la autonomización con la consiguiente repolitización de estos espacios locales, haciendo que dichos espacios adquirieran una preeminencia mayor que, por cierto, no tenían en el contexto de nacionalización de la política propio del estado democrático. De

²⁹ Esto significa que ellas tienden a reproducir, más tarde o más temprano, un tipo de organización que termina escindi ndose de la masa de seguidores al articular sus propios intereses como organización, intereses que, en última instancia, terminan revirtiendo en detrimento de los de su masa de dirigidos. Esta es, por cierto, una situación que contrasta con el excesivo optimismo con el que se acogió en un principio la proliferación de ONG. En ese sentido, hoy encontramos cada vez más autores que tienen una visión más crítica en relación tanto a los movimientos alternativos como a las ONG, por lo que se plantean "dudas acerca de la eficacia de tales movimientos políticos alternativos". De todas formas, creemos importante que la labor de las distintas ONG se evalúe según cada caso particular. Por eso mismo, sostener que hay "pocos motivos para suponer que las organizaciones no-gubernamentales internacionales *necesariamente* serán progresivas" ("Idem": 351. S/N), nos hace caer en un razonamiento tan falaz como aquel que valora estas organizaciones desde un fuerte optimismo. Nada es en sí mismo malo o bueno, "progresivo" o "regresivo". Y menos si lo que estamos calificando es un conjunto indeterminado de organizaciones que se ocupan de las problemáticas más diversas.

ser tan sólo un espacio de administración, hoy el ámbito municipal ha recuperado su carácter específicamente político, producto del nuevo rol que vienen adquiriendo los estados municipales.

En parte esto se debe a que el estado nacional tiende a relegar en los municipios funciones que, como la salud, antes le eran propias o que en todo caso compartía con el estado provincial. Pero en parte también a que la misma conflictividad producto de las transformaciones operadas particularmente en lo económico, al manifestarse necesariamente en estos espacios territoriales locales, ha obligado a los municipios a asumir un protagonismo que antes no tenían. Es decir que mientras la inserción de las masas al estado llevó a la nacionalización de la política, hoy asistimos a una repolitización de lo local que, si bien rememora en parte cómo se concebía la política en el contexto del estado liberal, se constituye en realidad en un modo totalmente distinto, ya que a diferencia de aquella política liberal, ahora lo local se encuentra totalmente imbricado en lo global.

Pero a raíz de esta diversificación de los espacios y de cómo esto es percibido por el ciudadano común, nos encontramos con un problema importante, particularmente en el plano político-nacional. Es este espacio el que se ve hoy extremadamente afectado. Se trata, en ese sentido, de un espacio que, aunque cualitativamente distinto, está en competencia con estos otros por la participación del ciudadano. En principio una competencia desapareja porque ese espacio nacional aparece ante el hombre común como más lejano y abstracto, en contraposición con lo que ocurre con estos otros espacios locales, percibidos como más cercanos y concretos, todavía territorializados, en relación a un contexto global que se caracteriza por su opuesto, la desterritorialización.

Este último, por cierto, no constituye un dato menor, ya que al quebrarse la forma de construir la nacionalidad en el espacio democrático moderno, se ha producido en el espacio político nacional un mayor extrañamiento por parte del ciudadano, mientras que, por su parte, la revalorización política del espacio local –un espacio, por cierto, claramente territorializado- favorece una mayor y más comprometida participación de la ciudadanía. Es decir que ante un mundo conocido que se desvanece, sólo estos espacios locales, más acotados e incluso territorializados, aparecen como más concretos, ya que es particularmente en ellos que los individuos pueden desarrollar alguna forma más tangible de raigambre.

TIEMPO, PODER Y POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Hasta ahora hemos visto cómo la transformación del espacio ha incidido en la estructuración actual de la política y de la democracia. Pero  qu  sucede con la autonomización que sufre la variable temporal en relación al espacio? Como veremos a continuación, ella supone un fuerte condicionamiento para las formas democráticas,

aunque, no obstante su importancia, esto muchas veces no ha sido tenido debidamente en cuenta. Es muy común, por ejemplo, encontrar autores que sostienen que la globalización entraña por sí misma un avance de la democracia o del liberalismo. Sin embargo, lejos de encontrarnos con una efectiva profundización de las formas democrático-liberales³⁰, lo que en muchos casos se constata es una tendencia a una mayor concentración de poder en el ejecutivo en detrimento de la función que le compete al parlamento. Se trata de una tendencia que puede verse incluso reforzada por los mismos elementos democráticos, porque si bien hoy pensamos en una democracia liberal, es decir, en una democracia representativa, la posibilidad de desvío autoritario implícito en el mismo concepto de democracia³¹ nunca llega a anularse totalmente, entre otras cosas porque dicha posibilidad está inserta en la misma lógica de desenvolvimiento del concepto³².

El problema es que hoy nos encontramos con una aceleración de los tiempos que puede revertir negativamente sobre las formas democráticas, al promover una toma de decisiones apresurada que, justificada por la necesidad de definir políticas concretas, tiende a abandonar peligrosamente los procedimientos previamente consensuados. Se trata en realidad de un doble problema que, si bien propios ya de la construcción de la democracia moderna, se exacerban peligrosamente en el contexto de globalización. Por un lado, debemos tener en claro que esta asociación entre democracia y liberalismo que se produce aproximadamente a partir de la II Guerra Mundial, "es el resultado de la articulación de dos lógicas que en última instancia son incompatibles, y que no hay forma de reconciliarlas sin imperfección"³³ (Mouffe, 2003: 22). Por el otro, nos encontramos con el problema de los tiempos propios de la política.

La política democrática siempre supone la articulación de tiempos distintos en los que se concilie deliberación y decisión. Poder responder a los acuciantes problemas inmediatos construyendo instituciones sólidas que den cierta previsibilidad al futuro³⁴,

³⁰ Esta forma de entender la democracia concilia en realidad dos tradiciones políticas distintas: la democrática y la liberal. Contrariamente a lo que muchos piensan, estas dos tradiciones no necesariamente se encuentran asociadas. Mientras las ideas principales que definen la tradición democrática son "las de igualdad, identidad entre gobernantes y gobernados y soberanía popular", la tradición liberal presupone "el imperio de la ley, la defensa de los derechos humanos y el respeto a la libertad individual" (Mouffe, 2003: 20).

³¹ Este desvío autoritario se refiere a una construcción democrática que subordina sin más toda minoría a la voluntad de la mayoría.

³² Creemos importante retomar una distinción que hace Carl Schmitt y que muchas veces no es tenida en cuenta. Como señala este autor, democracia no es el antónimo de autoritarismo. Por el contrario, esta última tendencia está también implícita en la misma forma democrática tal como se la concibe modernamente.

³³ Chantal Mouffe sostiene la necesidad de la aceptación de esta paradoja democrática "dada la imposibilidad de una reconciliación última entre las dos lógicas que constituyen la democracia liberal" (Mouffe, 2003: 25/6).

³⁴ Como señala Hugo Quiroga, retomando a Juan Linz, "las nuevas democracias enfrentan dos problemas que involucran dos perspectivas cronológicas diferentes: construir instituciones duraderas, no totalmente *ad hoc*, y responder a los problemas inmediatos" (Quiroga, 2005: 96).

requiere necesariamente de la sincronización de estos tiempos distintos. Por eso mismo, controlar el tiempo en política es una instancia por demás necesaria para restituir certezas en la sociedad, función esta última que, como dijéramos ya, cumplía la organización en la democracia de masas. Pero es justamente la globalización la que viene desarticulando el modo en que las sociedades democráticas modernas controlaban la imprevisibilidad que introducían las masas en la política. Ahora, con esta nueva aceleración y autonomización del tiempo, nuestro sentido de realidad se altera, al punto que el tiempo que percibimos y sentimos es sólo el tiempo presente. Es decir que toda proyección a futuro –y de eso, en todo caso, debería tratar la política, en tanto que instancia a partir de la cual se construye el vivir en sociedad– resulta demasiado endeble o simplemente se presenta como innecesaria.

La globalización agrava entonces el nivel de incertidumbre que, como viéramos antes, ya tenía la democracia. Incluso, frente a un todo autonomizado, lo permanente y lo efímero se solapan entre sí, alterando incluso las significaciones. Esto es lo que lleva, en el plano de lo político-estatal, a una forzosa ruptura del equilibrio de poderes en el estado, situación que en países con ejecutivos fuertes supone acrecentar peligrosamente el presidencialismo. En realidad, lo que de esta forma se acentúa es una tendencia que se encuentra ya en el mismo desarrollo democrático.

La denuncia de la ingobernabilidad de los régimenes democráticos tiende a proponer soluciones autoritarias, que se mueven en dos direcciones: por un lado, en el fortalecimiento del poder ejecutivo y por tanto en el dar preferencia a sistemas de tipo presidencial o semipresidencial frente a los parlamentarios clásicos.³⁵ (Bobbio, 1989: 107)

Por eso es importante el fortalecimiento de las estructuras políticas, particularmente las democrático-liberales. Porque debemos tener en claro, retomando nuestra inquietud inicial al comenzar este apartado, que la globalización, a diferencia de lo que algunos autores quizás demasiado optimistas creen, no necesariamente favorece *per se* el desarrollo de la democracia y menos el de una democracia liberal. Es decir que los componentes autoritarios de la democracia, esos mismos que en su conciliación con el liberalismo se contenían a partir del reconocimiento de las libertades y de la

³⁵ Si bien existe una creencia generalizada en que los régimenes parlamentarios son potencialmente menos autoritarios que los presidenciales o semipresidenciales, entendemos que se trata de una cuestión, en realidad, que debería ser discutida más a fondo. La actual concentración de poder en la cabeza del ejecutivo, con el consiguiente riesgo de pérdida de los espacios de libertad para el ciudadano común, no solamente es privativo de los segundos. Tal como lo muestran los distintos casos existentes, particularmente después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, esta tendencia también está presente en los régimenes parlamentarios. Que el jefe de gobierno salga del parlamento, como ocurre en estos casos, no asegura por sí que este órgano no se termine subordinando a la voluntad del ejecutivo. Así lo da a entender, por ejemplo, Manin, cuando dice en su obra *Los principios del gobierno representativo* que quizás el único parlamento en el que se mantiene todavía realmente el debate y, por consiguiente, el control sobre el ejecutivo, sea el Congreso de los Estados Unidos.

articulación de instituciones que aseguraran el pluralismo, hoy vuelven a aflorar escudados tras esta, en parte real, en parte exagerada, aceleración de los tiempos.

DEMOCRACIA Y GLOBALIZACION

Como hemos visto a lo largo de nuestro trabajo, los estados se encuentran hoy ante la necesidad de lograr, al mismo tiempo que se transforman, nuevas instancias de integración a partir de la conformación de nuevos sujetos políticos y, por consiguiente, de nuevas identidades. Esto, que se manifestó en una primera instancia como una crisis del estado keynesiano, llevó en realidad a cuestionar las soluciones que se arbitraron a comienzos del siglo XX como respuesta a la inclusión de las masas al estado, haciéndonos volver, desde un punto de vista teórico, a una situación en parte similar a aquel momento inicial.

Se abren así una serie de interrogantes a los que, al menos en parte, hemos intentado dar respuesta.  La globalización nos lleva, como muchos sostienen, a una mayor democratización del espacio público? O, por el contrario,  le pone serias trabas a su desarrollo? Más específicamente aún,  cu les son las continuidades y las discontinuidades que se han producido en esa democracia que se instituyó modernamente hace poco más de un siglo y que ahora viene sufriendo transformaciones?  Qu  elementos propios de ella, que incluso quedaron relegados, afloran nuevamente? O, si lo preferimos,  c mo afecta la globalización a la construcción de la democracia?

Todo parece apuntar, en principio, a un mejoramiento en su calidad, entre otras cosas, porque la diversificación del espacio político ha quebrado la estructuración monolítica del poder que hacía del estado-nación el centro único simbólico localizado en un espacio territorial definido. Un estado-nación que, además, controlaba los tiempos de la política. Pero la alteración del régimen de tiempo y espacio y la permeabilidad de las fronteras los coloca ante un desafío que afecta directamente la construcción de una democracia, un desafío para el cual muchas veces los gobiernos no est n preparados, sobre todo porque se debe lidiar con un mundo que adquiere formas nuevas. Incluso, con la autonomización del tiempo y el espacio, los estados contemporáneos han perdido gran parte del control que ejercían sobre sus propias poblaciones.

Por eso, lejos de profundizar una construcción democrático-liberal de la política, muchos régimenes, producto entre otras cosas del estallido identitario que trae aparejado la crisis del estado-nación, tienden peligrosamente a negarla, insertando incluso la violencia como única forma de resolución de los conflictos. Paradójicamente, lo que s  se acrecienta, como lo muestran los nuevos nacionalismos emergentes, es el riesgo de buscar instancias de homogeneización que, al operar sobre un universo menor, atentan por definición contra la igualdad inicial sobre la que se articuló el estado moderno.

Todo esto, conjugado con los procesos propios de la globalización que tienen como denominador común la desarticulación de las fronteras blindadas propias de la modernidad, lleva forzosamente a un debilitamiento del estado nacional. Como afirman Beeson y Bellamy, “los procesos de globalización est n socavando simultáneamente la legitimidad del orden existente y colocando nuevos constreñimientos a la habilidad incluso de los estados más poderosos para actuar unilateralmente” (Beeson y Bellamy, 2003: 351). En ese sentido, los municipios, las ONG y las nuevas estructuras supranacionales disputan en distintos niveles y circunstancias con los estados nacionales un ámbito de reconocimiento como interlocutores válidos en el espacio global.

Pero con esta diversificación de los sujetos políticos, se ha modificado el modo de estructurar el poder en el contexto de cada sociedad política particular, al punto que con la autonomización de los espacios locales, por ejemplo, el estado nacional ha dejado de ser a nivel interno el centro único simbólico de poder, si bien continúa siendo todavía el más importante. Esta pérdida de competencia por parte del estado-nación se produce en un contexto de diversificación que, no obstante aparecer como auspicioso, requiere necesariamente de ciertos límites. Sobre todo porque, si bien el relativismo propio de la democracia permite reconocer la diversidad, esta última dificulta por lógica la constitución de universales a partir de los cuales pensar la política.

Como viéramos en nuestro trabajo, la democracia en el contexto de globalización tiende a acentuar más el relativismo que la caracteriza en su base. Por eso, si el problema de la diferenciación ya constituye en toda democracia moderna una dificultad para conformar el momento de unidad, con la globalización esta dificultad se agrava todavía más, ya que esa instancia de diferenciación es un aspecto que, al ser inherente a la misma ambivalencia de aquella, se exagera enormemente.

Si a ello agregamos que la inclusión de la diferencia siempre está atravesada y, por consiguiente, afectada por las relaciones de poder imperantes en la sociedad en un momento particular, veremos que el problema mayor al que se enfrenta toda democracia – problema que se agudiza mucho más hoy en un contexto de globalización por la alteración de las fronteras simbólicas y la permeabilidad de las geográficas- es la de encontrar esa forma de homogeneización que permita conformar la necesaria unidad. Se trata, en ese sentido, de lograr una redefinición del modo en que se concilian dentro de un régimen político en particular los momentos de unidad y diferencia, propios de todo sistema político. Una redefinición que supere los límites ahora estrechos del concepto territorializado de nación.

De todas formas, hoy no podríamos pensar una sociedad plural sin el reconocimiento de la diferencia en su seno. Y esto, sin lugar a dudas, se logra únicamente en democracia. Pero, si bien es cierto que sólo en ella las diferencias

encuentran el espacio propicio para manifestarse, no debemos olvidarnos que es también en democracia que dichas diferencias se politizan, planteando así el “problema de la coexistencia y la tensión entre la igualdad y la diferencia dentro del orden político”. Este es, como bien sabemos, “uno de los asuntos más debatidos en la teoría de la democracia” (Novaro, 2000: 219), ya que es esa misma diversidad que favorece el igualitarismo democrático la que lleva a atomizar los problemas políticos.

La cuestión pasa entonces por cómo se define en cada sociedad concreta la instancia de unidad, ya que es según el contenido que se le atribuya que se puede llegar a negar o, incluso, a expulsar indiscriminadamente las diferencias por considerar que ponen potencialmente en peligro la convivencia, llegando incluso a anular la complejidad que caracteriza a la democracia. El problema, por cierto, no es menor, ya que se corre el riesgo por un lado, de clausurar el disenso y, por el otro, de conformar consensos solamente formales.

Pero entender la homogeneidad sólo como unidad indiferenciada como han hecho algunos nacionalismos emergentes no condice, en realidad, con la forma en que se ha entendido la democracia, particularmente en los últimos sesenta años. Por el contrario, al menos en relación a las concepciones políticas ella ha sido pensada en términos de pluralidad, incorporando así el conflicto producto de la diferencia como co-constitutivo de la política. Esto quiere decir, retomando a Paul Ricoeur, que la democracia “no es un régimen político sin conflictos, sino un régimen en el que los conflictos son abiertos y negociables según reglas de arbitraje conocidas” (Ricoeur, 1996: 280).

Esto es algo que nos obliga a pensar cómo se debe producir la efectiva inclusión del ciudadano, tanto en un sentido político como social, ya que, más allá de la crisis que hoy atraviesa a las instituciones de mediación, se requiere forzosamente de estructuras que amplifiquen su voz. En ese sentido, la inclusión de todos en el espacio público no deja de tener en el fondo algo de paradójico: cuanto más inclusivo es el espacio público en una sociedad, mayor termina siendo el extrañamiento del hombre común. Por eso, si bien es cierto que los estados deben conformar un nuevo sujeto político que trascienda los límites del estado-nación, también es cierto, como lo muestra la experiencia, que la interacción con el espacio global no puede hacerse solo con individuos.

Aunque la crisis en la que se ven sumidas las organizaciones sociales y políticas ha permitido recuperar la individualidad antes sometida a la voluntad colectiva de la organización, hecho por cierto plausible ya que los hombres han recuperado, en principio, autonomía, resulta imposible pensar sociedades masificadas como las nuestras sin alguna instancia de organización a través de la cual se instrumente la representación. La organización sigue siendo, en ese sentido, una estrategia de poder que es necesario usar. Y cuando decimos organización, también decimos estado, que

justamente en su nivel nacional es la instancia necesaria de mediación en la intersección entre lo global y lo local.

Solo logrando la inclusión del ciudadano a través de instancias de mediación que se funden en el reconocimiento de la pluralidad y, por consiguiente, de la conflictividad se podrá asegurar la construcción de un orden democrático-liberal, ya que no es la globalización por sí misma que lo puede asegurar. Por el contrario, la aceleración de los tiempos en la política tiende a concentrar más el poder y la decisión en un ejecutivo que, en aras de una supuesta eficiencia, privilegia una unidad que anula el conflicto e impone la voluntad de una fracción por sobre el resto de la sociedad.

Hoy más que nunca la política demuestra su total modernidad al señalarnos su artificialidad. La política, y particularmente la política democrática, es una construcción social. Esta es, probablemente, la única certeza que perdura en un mundo que se caracteriza por la gran incertidumbre. Toda construcción democrática debe así reconocer la complejidad que se acrecienta y que, por ello mismo, amenaza la construcción de la unidad necesaria para la conformación del orden político. Se trata, en ese sentido, de contener el desarrollo de formas tendencialmente autocráticas aprovechando las mismas contradicciones y ambivalencias de la globalización, ya que es en esos intersticios que se pueden insertar las resistencias e incluso contener la degradación a la que se puede ver sometida gran parte de la población.

BIBLIOGRAFIA

- ARENDDT, Hannah (1979): *The Origins of Totalitarianism*, Harcourt Brace & Company, San Diego.
- BAKER, Gideon (2002): "Problems in the Theorisation of Global Civil Society", in *Political Studies*, Volume 50, Issue 5, December, pp. 928-943. Consultado el 7/1/2007. Disponible en <http://www.ingentaconnect.com/content/bpl/post/2002/00000050/00000005/art00003?crawler=true>
- BAUMAN, Zygmunt (2004): *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- BAUMAN, Zygmunt (2005): *La globalización. Consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ulrich (1997): "La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva", en BECK, U., GIDDENS, A. y LASH, S., *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid, pp. 13-73.
- BECK, Ulrich (1999): *La invención de lo político*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- BECKER, Werner (1990): *La libertad que queremos. La decisión para la democracia liberal*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BEESON, Mark and BELLAMY, Alex J. (2003): "Globalisation, Security and International Order. After 11 September", en *Australian Journal of Politics and History*, Volume 49 Number 3, pp. 339-354. Consultado el 9/1/2007. Disponible en <http://www3.interscience.wiley.com/journal/118864503/issue>
- BELANGER, Louis (1993): "Les relations internationales et la diffusion du temps mondial", en BRETON, Gilles, sous la direction de, *Mondialisation et mutations politiques, Etudes internationales*, Numéro Spécial, Volume XXIV, Nº 3, Centre Québécois de Relations Internationales, Univ. Laval, Québec, Septembre, pp. 549-570.
- BOBBIO, Norberto (1989): *Liberalismo y democracia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- CASTEL, Robert (2001): "Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales", en CASTEL, Robert, TOURAINE, Alain, BUNGE, Mario, IANNI, Octavio y GIDDENS, Anthony, *Desigualdad y globalización*, Manantial, Buenos Aires, pp. 15-24.
- COLOM GONZALEZ, Francisco (1992): *Las caras del Leviatán. Una lectura política de la teoría crítica*, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona.
- GARCIA CANCLINI, Néstor, *La globalización imaginada*, Paidós, México, 2000.
- HABERMAS, Jürgen (1994): *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid.
- HABERMAS, Jürgen (1998): *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Trotta, Madrid.
- HARDT, Michael y NEGRI, Toni (2002): *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- HELD, David (1997): *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Paidós, Barcelona.
- KYMLICKA, Will (1996): *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*, Paidós, Barcelona.
- LACLAU, Ernesto (1996): *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- LEFORT, Claude (1986): *Essais sur le politique (XIX^e-XX^e siècles)*, Éditions du Seuil, Paris.
- LÉTOURNEAU, Jocelyn (1996): *Les Anées sans guide. Le Canada à l'ère de l'économie migrante*, Boréal, Québec, 1996.
- LÉTOURNEAU, Jocelyn (1997): "Mundialización e identidad histórica de las regiones", en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, Año VII, Vol. VII, Nº 12, Buenos Aires, 1º semestre, pp. 43/57.
- MANIN, Bernard, *Los principios del gobierno representativo*, Alianza, Madrid, 1998.

- MERRETT, Christopher D. (2001): "Understanding Local Responses to Globalisation: The Production of Geographical Scale and Political Identity", en *National Identities*, Vol 3, Nr. 1, pp. 69–87. Consultado el 30/3/2007. Disponible en <http://www.informaworld.com/smpp/content~db=all~content=a713687705>
- MICHELS, Robert (1983, 1984): *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, 2 vol., Amorrortu, Buenos Aires.
- MOSCA, Gaetano (1923): *Elementi di Scienza Politica*, Seconda edizione con una seconda parte inedita, Fratelli Bocca Editori, Torino.
- MOUFFE, Chantal (2003): *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona.
- MUETZELFELDT, Michael and SMITH, Gary (2002): "Civil Society and Global Governance: The Possibilities for Global Citizenship", en *Citizenship Studies*, Vol. 6, Nr. 1, pp. 55-75. Consultado el 20/6/2007. Disponible en <http://www.informaworld.com/smpp/content~db=all~content=a713658822>
- NEUFELD, Mark (2001): "Theorising Globalisation: Towards a Politics of Resistance. A Neo-Gramscian Response to Mathias Albert", en *Global Society*, Vol. 15, Nr. 1, University of Kent at Caterbury, pp. 93-106. Consultado el 5/1/2007. Disponible en <http://www.informaworld.com/smpp/content~db=all~content=a713669068>
- NOVARO, Marcos (2000): *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.
- QUIROGA, Hugo (2005): *La Argentina en emergencia permanente*, Edhasa, Buenos Aires.
- RICOEUR, Paul (1996): *Sí mismo como otro*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- ROSENAU, James N. (1993): "Les processus de la mondialisation: retomb es significatives,  changes impalpables et symbolique subtile", en BRETON, Gilles, sous la direction de, *Mondialisation et mutations politiques, Etudes internationales*, Numéro Spécial, Volume XXIV, N  3, Centre Québécois de Relations Internationales, Univ. Laval, Québec, Septembre, pp. 497-512.
- SCHMITT, Carl (1984): *El concepto de lo político*, Folios, Buenos Aires.
- SCHMITT, Carl (1990): *Sobre el parlamentarismo*, Tecnos, Madrid.
- TOURAIN, Alain (2001): "El fin de la ola liberal", en CASTEL, Robert, TOURAIN, Alain, BUNGE, Mario, IANNI, Octavio y GIDDENS, Anthony, *Desigualdad y globalización, op. cit.*, pp. 29-42.
- WEBER, Max (1992): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- YANNUZZI, María de los Angeles (1999/2000): "Crisis de la modernidad", *Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*, Volumen 6, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, pp. 9-32.
- YANNUZZI, María de los  ngeles (2007): *Democracia y sociedad de masas. La transformación del pensamiento político moderno*. Homo Sapiens, Rosario.